

arresto tan formidable como el necesario para cambiar la forma monárquica por la forma republicana en Francia. Los más radicales holgábanse con renovar el pacto entre la democracia y la libertad por un llamamiento nuevo de los antiguos ministros girondinos. Pero el factor y agente, destinado á perturbarlo y recrudescerlo todo, el extranjero en armas, avanzaba desaladisimo hacia la frontera, y en su primer choque tremendo con ésta, no derribó la Revolución, derribó la Monarquía. Por tal causa el discurso de Vergniaud había tenido tanta resonancia, por su maravillosa oportunidad. El primer dón de los grandes oradores parlamentarios está en esa incomparable adivinación, que husmea lo verdaderamente oportuno. Todas las frases de Mirabeau fueran truenos de teatros, si no las repercutiera en los oídos el tornavoz de la revolución y no fulminase rayos de muerte sobre la corona de los Reyes y las almenas de los castillos. Pues el discurso de Vergniaud no resplandecería entre las primeras oraciones del mundo, si la traición de Luis XVI, patentizada más tarde, aunque sólo temida y sospechada cuando él habló, no hubiese confirmado su justicia y su oportunidad. Así rompió la acción, generada por los terribles sucesos del veinte de Junio. Así puso de nuevo en la picota miserable al Rey. Así levantó el ánimo de los federados, que iban primero á recibir la unción revolucionaria en sus frentes y corrían luego hacia la frontera en requerimiento y busca de una muerte gloriosa por la libertad y por la patria. El tres de Julio pronunció Vergniaud su discurso y el cinco de Julio declaró el Congreso la patria en peligro. Esta declaración equivalió á una radical sentencia de muerte lanzada sobre la realeza y á una proclamación indirecta de la inevitable República.



## CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

Desde las Manifestaciones á la Revolución

El período intermedio entre la fecha terrible del veinte de Junio y la no menos terrible del diez de Agosto, es uno de los períodos más dramáticos, porque atraviesa la crisis, á que todos llamamos Génesis del espíritu moderno, como que tenemos su idea encarnada en nuestra idea y vivimos sobre sus fundamentales instituciones. Para comprender bien este período, hay que fijar la vista en el crimen cometido por los Reyes de coligarse contra Francia, y al coligarse contra Francia, proponerse perpetrar en ella el asesinato perpetrado en la nacionalidad de Polonia, disyecta, ó rota en pedazos, por una infame coalición, y repartidos estos pedazos entre los déspotas del Norte. Mas, Polonia era una triste aristocracia y una vieja monarquía en decadencia y en ruina, mientras Francia, era una democracia en crecimiento y en progreso. No prestando atención al pacto entre los Reyes; al error de la emigración; á tantos traidores como pululaban do quier, suscitados á la superstición del antiguo régimen y de la vieja fe; al número de apostasías inconscientes; pero asesinatos del patriciado francés; á los votos de todas las reacciones que se juramentaban queriendo extinguir el centro espléndido de las ideas progresivas; á los movimientos de austriacos y prusianos hacia las tierras francesas; á un manifiesto como el infame de Brunswick, según el cual, este desatentado extranjero, no solamente invade Francia en socorro de los Reyes absolutos, amenaza con toda suerte de castigos á los verdaderos soberanos de la Nación, á sus representantes nombrados por el pueblo; no atendiendo á todo esto

CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO  
DESDE LAS MANIFESTACIONES Á LA REVOLUCIÓN

decía, parecen los franceses unos locos en el año noventa y dos y noventa y tres, pero atendiendo como se debe á todo ello, no hay más remedio que reconocerlos y proclamarlos primeros redentores de la humanidad en el planeta. Mas no adelantemos los hechos; ni adelantemos tampoco los juicios sobre los hechos. A medida que más fuerzas irruptoras se juntan sobre las fronteras, más agitación posee y mueve á Francia. Los días transcurridos desde la hora en que pronunció Vergniaud su discurso contra la Monarquía y el día en que la Monarquía sucumbió, no volverán á repetirse jamás. Y durante todos estos días creadores, la mayor influencia que hubo en la política francesa, fué la influencia de Madame Rolland, y el primer papel que se representó, fué el papel representado por Madame Rolland. Y hubo para esta excepcional importancia de su persona y de su influjo una copia de razones que no pueden fácilmente olvidarse y que saltan á la vista en cuanto evoca uno la época. Nada puede acreditar tanto y enaltecer tanto á una personalidad cualquiera en política, como que sus profecías se cumplan, como que se realicen sus pronósticos. Y Madame Rolland, anunció que no vivirían mucho tiempo en paz los demócratas con los Reyes y que no había otro remedio, á la postre, sino conformarse con la República. Todos los pueblos, verdaderamente artísticos, idolatran á la mujer y creen sus eléctricos nervios más idóneos para recibir y expresar las revelaciones divinas que los nervios rudos y acerados del hombre. De aquí la Musa en el Parnaso, la Pitonisa en el oráculo, la ninfa en el arroyo, la nereida en el mar, la diosa en el templo, la sacerdotisa en el dolmen, los eternos ideales femeninos. De aquí la influencia y poder sobre aquel cenáculo de la Gironda ejercidos por Madame Rolland. En el público, sobre la tribuna, entre oleada de muchedumbres, bajo tempestades y tormentas de aplausos ó amenazas, la mujer, careciendo de la fuerza del hombre, no puede tener el coraje propio á éste, para domar los elementos populares, ó con los elementos populares mantener un rudo combate. Pero, en el hogar, sobre la tripode augusta del gineceo, serena como una divinidad dentro del santuario, modulando la voz de un modo suave ó insinuante, muy difícil de hallar y ejercer ante numeroso público, la mujer dirige como quiere á los hombres, hasta en asuntos políticos, y á su sentir lo arrastra ejerciendo fuerza magnética incontrastable sobre sus corazones. Así explicará todo el mundo siempre la soberana influencia de aquella mujer sobre su escuela, por la superioridad de su inteligencia; sobre su partido, por el ímpetu de su nerviosa electricidad. Rolland sabía más; hablaba mejor Vergniaud; dirigía con más arte una campaña política Brissot, que aquella mujer extraordinaria; pero nadie sabía sentir como ella, y después de sentir, inspirar como ella el sentimiento propio en los corazones ajenos, ni escribir como ella que parecía heredera de la pluma con que Rousseau escribiera la *Nueva Heloisa* y el *Contrato Social*. Así, en estos días de tanta electricidad, imperaba ella sobre todos, y á todos les dirigía por el arpa eólica de sus nervios. La prensa contemporánea, cual todos los contemporáneos, fué con ella injustísima. Cediendo al gusto por los

ejemplos romanos y griegos, la llamaron Fulvia. No conozco dos seres más dispares que Madame Rolland en la República francesa y en la República romana esa infame Fulvia con quien querían compararla.

Fulvia significa y representa la demagogia en Roma. Para formarse una idea, más ó menos clara, de su poder é influjo, hay que remitirse al estudio de tantas mujeres como brotan hoy mismo en los clubs de la política y dominan los extremos de nuestros partidos. La crueldad en las mujeres, por lo mismo que tanto contraría y se opone á su naturaleza, excede con mucho á la crueldad en los hombres. Estas furias que, bien al revés de las hermanas de la Caridad, siguen á los ejércitos en busca de los despojos; las calceteras, por ejemplo, en la revolución francesa; las incendiarias, en el partido comunista; tantas y tantas criminales coronadas de culebras como aparecen sobre todas las catástrofes históricas ¡ay! responden al tipo de Fulvia, quien vive y muere desordenada en las orgías posteriores del régimen republicano y en los comienzos ó asomos del régimen imperial. Imposible comprenderla sin comprender la política romana en los adversos y siniestros días de su terrible aparición. El nombre de Fulvia está unido con el nombre de Clodio y con el nombre de Antonio. Al unirlos, diríase que había intentado la sociedad enseñarnos una historia moral viva, la relación estrecha entre la demagogia y el cesarismo. Prostituida Fulvia, como las tristes sociedades que se desprenden de su derecho y se dan al despotismo, corrió fases iguales con las fases corridas por su Roma en aquel tiempo. Todos cuantos pueblos adolecen de frenesí ó embriaguez en la libertad se rinden, tarde ó temprano, al sueño de una deshonrosa servidumbre. Fulvia parece, pues, una enseñanza viva. Empieza con los catilenarios y concluye con los pretorianos. La usura, como la lepra, se había comido hasta el tuétano de la Ciudad Eterna. El dinero, exagerando su poder, se había expuesto á todas las contingencias de una revolución social. La mayor parte de los propietarios se alimentaban de los expropiados. Veíanse, por aquí, las víctimas de las guerras civiles con la escualidez propia del hambre; por allí, los veteranos de Sila completamente arruinados, á pesar de haber á todo el mundo empobrecido; por allá, los nobles triturados en su fortuna y venidos á mendicidad entre las facciones desencadenadas y combatientes; dentro de la ciudad, mil mártires de todos los principios heridos por todos los desastres; en torno de la ciudad, las tribus de italotas demacradas y miserables; por los desfiladeros, el pastor salvaje nómada que cuida rebaños sin dueño, y acecha el viandante para secuestrarlo, formando verdadera nube de bandidos; y allá, en lo más hondo y más terrible de los abismos sociales, el gladiador, cazado como una bestia feroz, adscrito como un cliente necesario á todos los jefes de facción, y dispuesto á matar sin saber por qué ni á quién, pues hartó le constaba cómo él solamente debía pensar en morir, divirtiendo los ocios del pueblo romano é inmolándose á sus menores caprichos.

Saturnino, tribuno, había hecho lo mismo que los Gracos, proponer la ley agraria para

CAPITULO ALFONSO

ocurrir á tantos males. Pero Mario, en su inexperiencia política, le dejó inmolar tristemente por mano de los caballeros. La cólera de sus enemigos le persiguió allende la muerte, y guardar su busto fué considerado como un delito de lesa Roma. Naturalmente, las injusticias de los ricos engendraron las violencias de los pobres. Todos los arruinados buscaron una personificación, y esta personificación se llamó Catilina. Naturaleza de combate, no busquéis en ella la conciencia, buscad la fuerza. Vida manchada por todos los vicios, no busquéis en él sino todos reptiles que anidan en todas las ruinas. Empobrecido, parte por una fatalidad inevitable, parte por sus desórdenes personales, cayó en el desprecio universal, y este desprecio le precipitó en la irreparable infamia. Todos los infames le siguieron, acabaron por generar en torno suyo una leyenda tal de horrores, que ha transcendido á la Historia y ha llenado todos los tiempos. Beberíase mucho vino en sus nocturnas orgias; las gentes, sin embargo, aseguraban á una que dentro de humano cráneo, en aquellos conciliábulos misteriosísimos, se bebía, danzando, mucha sangre. Los propietarios se creían ya despojados de su hacienda, los logreros de sus rentas. El senador se lo figuraba invadiendo el Senado y la mayor parte de las gentes quemando por sus cuatro extremos la ciudad. Quién, decía que los conjurados asesinaban por no perder la costumbre del asesinato; quién que había Catilina por sí mismo degollado, para obtener la mano de una dama que no quería hijastros, á su propio hijo. El terror puso á Cicerón en el Consulado. Este cónsul elocuentísimo no creyó escudo bastante fuerte su elocuencia, ni arma de harto alcance, y se ciñó una corona y armó á todos sus partidarios. Catilina, perseguido y acosado, se fué diciendo que alimentaban contra él un incendio; mas que, de seguro, extinguiríalo él bajo escombros. Cicerón, á quien había faltado ánimo para enconar la guerra, lo recibió prestado por su esposa Terencia. Los partidarios de Catilina fueron estrangulados todos en las gemonías romanas. Terencia, cual Fulvia, demostró una vez más cómo pierde la mujer sus virtudes cuando se adscribe á una fracción cualquiera y entra en los torbellinos de la política y de la guerra. Catilina se refugió en Etruria, y allí le buscaron las legiones de Roma. Cayó vencido, pero cayó combatiendo. Aunque sólo pudo armar la cuarta parte de sus partidarios, con ellos alcanzó la honra difícil de una heroica muerte. Cicerón se creyó un héroe por su fácil victoria é hizo decir á la poesía que desde aquel entonces las armas, hasta en la guerra, se habían visto sustituidas por las togas. Un rebujo del partido de Catilina fué Clodio, y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

Muchas mujeres pertenecieron á la ración de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Las matronas, faltas de hermosura juvenil y constreñidas á ganarse amantes por dinero; las muy á la moda y lujosas, que gastaran en cosméticos sus fortunas; las de vida libre y reputación perdida tocando en la prostitución, constituyeron junto á la torpe legión de aviesos demagogos otra legión femenil no menos disipada, no menos

guerrera, no menos cruel, no menos vengativa. Pero tanto, aquellas mujeres instigaban á sus correligionarios y cofrades para que persiguiesen á una con crueldad, no solamente las ideas y las pasiones públicas, á sus ideas y á sus pasiones opuestas, sino también los hechos particulares y privados, más en la vida y más en la jurisdicción de una mujer. Fulvia estaba entre todas ellas, y como estaba entre todas ellas, tenía naturalmente adquirido un odio á Cicerón, llevado por los caballeros á la defensa de Roma contra Catilina. En la noche siniestra del castigo dado á los catilinaros, inmolados con una indiferencia semejante á la que usa y emplea el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no sólo por ver perdidas las esperanzas que suelen librarse á la exaltación y victoria de su partido, sino por ver soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subir á las alturas de sus casas con luminarias de regocijo en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinaros debió conocer á Clodio Fulvia. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el jefe de su partido, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos y rica fortuna le daba medios sobradísimos de allegarlos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. Había, pues, aborrecimiento político en Clodio á Cicerón, que representaba los mayores enemigos de la demagogia, los caballeros ó burgueses. Pero había aún más que odio político, había odio particular. Su hermana Clodia se prendó perdidamente de Cicerón, y quiso que la reconociera y la llamara su esposa. Sabido esto por la mujer de Cicerón, Terencia, movió á su esposo contra los Clodios, y caído el tribuno entre las redes múltiples de los compromisos naturales en su situación y de las supersticiosas anticiceronianas que las mujeres de su partido le imbuían, consagró un odio implacable al gran orador. La vida entonces no se distinguía, cual suele suceder hoy entre nosotros, en privada y pública. Cicerón, que recibía como buen orador en sus nervios todas las impresiones del mundo exterior y que no estaba muy acostumbrado á callárselas, arremetía contra Clodio por sus ideas y también por sus mujeres. Imaginaos la cólera de Fulvia y Clodia, tan susceptibles y nerviosas como todas las mujeres, al verse por la lengua del orador mordidas en su corazón. Eran dos furiosas de cólera y de venganza.

La vanidad propia de Cicerón, que no quería reconocer superioridades ni privilegios de ningún género en los dos gobernadores romanos por aquella sazón, en los dos que le habían sustituido tras su consulado, en César y en Pompeyo, generó el odio de ambos al orador y les llevó á soltarle sin piedad la persona de Clodio como se suelta el perro y el halcón contra la caza. Quisieron erigirlo tribuno del pueblo, mas era patricio y el tribunado perteneció siempre á la clase plebeya. En tal apuro hicieronle adoptar por un plebeyo. Clodio acusó á Cicerón. El objeto de sus acusaciones insidiosas no era tanto la defensa de leyes más ó menos respetadas entonces como la perdición del cónsul su enemigo.